

También por entonces –concretamente en el verano de 1937– comenzó para Rodrigo una larga y penosa enfermedad. Sus piernas se vieron seriamente afectadas por una vacuna contra el tifus, lo que hizo que la familia tuviese que realizar frecuentes y duros viajes, siempre en carro, para que su hijo fuese tratado por médicos de La Roda y de Albacete, en busca de una curación que no llegaría nunca.

Como es lógico, este tema también aparece tratado en muchas de sus novelas y cuentos; aunque, personalmente, uno de los relatos que más me ha impactado es el que figura en el cuento titulado *Sal amarga*.

En él, Rodrigo Rubio presenta a su madre, dolorosamente afectada por la enfermedad del hijo, al que ella se dirige para contarle todo lo que se vio obligada a sufrir. Un hijo que gozaba de buena salud hasta que se le administró una vacuna a la que todos habían de someterse como consecuencia de una orden llegada en tiempos de guerra, y que lo dejó postrado en la cama, casi muerto de cintura para abajo.

Cuenta la madre a su hijo que, unos días antes de que aquello sucediera, había ido a verlos su hermano Heriberto, vestido de uniforme, y que su hermano Cristino había pasado muy cerca de casa, en un tren que apenas si se detuvo cinco minutos en el apeadero. Luego llegó el luto, por la muerte de Cristino, cuando ya todo estaba a punto de acabar, en el caos del último instante, y cuando ya casi se oían los clarinazos de la victoria, los desfiles y los himnos de los falangistas. Un luto que, como es tan habitual en la literatura de Rodrigo Rubio, aparece simbolizado por un gramófono abandonado. Desde entonces, el padre ya no fue el mismo que cuando eran una familia feliz con ocho hijos.

Pero, en realidad, de quien ella se quiere hablar es de Rodrigo. Y también de ella misma, la cual, al igual que sucedía con su marido, no era la misma de antes, pues “no podía soportar verte sentado en una mecedora, las piernas como de trapo, los ojos hundidos, muriéndote, reduciéndose tu cuerpo, meses antes ágil y fuerte⁶”. Un dolor, el de esta madre, muy similar al que se puede ver en una de las novelas más sentidas y más costumbristas de Rodrigo Rubio, *La feria* (1968), en la que Rodrigo Rubio había reflejado, casi paso a paso, su propia enfermedad.

Pues bien, volviendo al relato *Sal amarga*, cuenta la madre cómo don Joaquín Santos, el médico de la familia, tras varios tratamientos fallidos, acabó prescribiendo unos baños de sal de higuera, que había que ir a buscar a una botica de La Roda, aprovechando el viaje de algún vehículo

⁶Rubio, R., *Sal amarga*, diario ABC, suplemento “Sábado Cultural”, 27 de diciembre de 1980, p. XV.